



**XV Festival Nacional
del Cante
de las Minas**

LA UNIÓN

10 al 17 Agosto 1975

FESTIVALES DE ESPAÑA

ATADO A LA TIERRA

CUENTO

Era el que más coplas sabía, el que más profundo ahondaba en los pozos de pena de la minera, la cartagenera y la taranta, el que más limones cortaba en los huertos amarillos del cante.

En la sierra de La Unión
dicen que no hay cantaores.
Cuando vino Juan Ramón
cantaban los ruseñores
y también cantaba yo.

—Manuel, arráncate por cartageneras...

Manuel apoyaba las palmas de las manos en el respaldo de la silla y sacaba una voz poderosa, que recordaba, no se sabía por qué el hermoso ruido de la lluvia o el sonido de una campana.

El cante de las minas era bravo, duro, doliente, como el oficio mismo. Una necesidad urgente y sin medida empujaba a los hombres de las minas al cante. Quizás fuese una auténtica necesidad vital un imperio doloroso del oficio. La tierra y su entraña. La tierra estaba ahí, con su lujoso corazón de plata, como el de una Dolorosa. La tierra estaba ahí, en verdad: tremenda y dulce, tigre y arcángel.

Muchos maldecían la mina, su amenaza, su mandato de muertes oscuras. Morir en la mina era morir dos veces. La muerte sorprendía aquí, ya un poco enterrado. Algo de panteón colosal, de mausoleo, tenía la mole de la sierra.

El minero en su trabajo
corta piedra blanda y dura
y con su mayor trabajo
va abriendo su sepultura.

No sabía por qué cantaba, ni cómo había comenzado a cantar. Un día —quizás él no había dejado de ser un niño todavía— sintió cómo se le venía a la garganta un caño de belleza y de ensueño, y cantó. Sencillamente, cantó. Después comprendió que la copla le acompañaría siempre, dándole a su corazón sombra y reposo.

Malditas sean las minas— decían los hombres, tragándose de un golpe la «láguena» del vino y el anís.



La sangre oscura del «carajillo» andaba como una joya, por dentro de los vasos, por dentro de las venas. Empujaba seguramente a maldecir la mina.

—Malditas sean.

Manolo no lo comprendía. Amaba la tierra. ¡Señor, si no lo podía evitar! ¿No era la tierra misma la madre de la copla? ¿Se podía concebir la copla fuera de la mina, de la tierra erizada de grúas, postes, castilletes; de su aroma acre, de su color suntuoso? También la tierra tenía algo de cuna. Un olor de parto se respiraba viéndola desgarrarse para desprenderse, generosamente, de su propia entraña. Madre mina, madre tierra.

Así vivió Manuel, cantando y amando, gastando su caudal en coplas, quemándose para los demás, sin que nadie comprendiera nada.

Anda y dile a la Gabriela...

Y luego:

Soy piedra que a la terrera
cualquiera me arroja al verme...

Pero un día llegó la mala nueva.

—Que la mina para el lunes.

Había llegado el tiempo de la perdición.

—Esto se acaba.

La profecía tomaba carne de tragedia bíblica. La ciudad había comenzado a tomar ese aire incierto de los pueblos fantasmales. Se comenzaba a vivir del recuerdo.

Se clausuraban los cafés cantantes, cátedras de la copla; se demolían espléndidos edificios para malvender sus materiales, y sobre los malacates y los castilletes comenzaba a crecer la hierba amarga.

—Esto se acaba.

Verdad era.

—Vente con nosotros —le dijeron—: el mundo es grande. Otros pueblos habrá con los brazos abiertos.

El éxodo. El adiós a tantos días que estaban grabados a fuego en el corazón.

—Que te vengas con nosotros.

Se decidió.

Preparó su maleta de madera, y comenzó a andar, sin volver la cabeza atrás. Ya no la volvería hasta que el tren lo hubiese alejado de su pequeña historia de minero.

—Vente con nosotros.

Adiós, a los días antiguos, al gozo de las tardes azules, bebiendo el aire tibio y fragante de los tomillares, a la salida de la mina. Adiós a los domingos de ronda, en compañía de los amigos. Adiós a las mujeres de oscuros ojos, a tantas cosas más: la copla, la taberna, la enfermedad, el amor, el pequeño dolor de cada jornada, también.

Como guitarra sin cuerdas
se va quedando La Unión...

Lo decía la copla, que no puede engañar.

¿Pero dónde andaba la copla ahora, vencida y olvidada en el duelo de tantos días sin ventura?

Sin embargo aguardando en el andén, antes de que el tren llegara, el tren que lo iba a alejar para siempre de la tierra, alguien, súbitamente, desde cualquier sitio de la tierra, desde cualquier esquina del mundo hizo brotar el chorro fresquísimo y poderoso de la copla:

Por la oscura galería
van los mineros cantando

—Manolo, ¿dónde vas? —le preguntaron—.

No contestó. Corría Manuel, como escapando de una oscura y maligna tentación. Alejarse del andén es lo que importaba ahora.

Corría, corría con el corazón renovado, con una pequeña pero gozosa dosis de ilusión en pie de nuevo, por dentro de la sangre. Comprendía que ya no sabría prescindir jamás de la tierra, que en el paisaje recobrado andaban vivos sus días de ayer y de siempre, que algún puesto habría todavía donde levantar la esperanza. Algo poderoso tiraba de su sangre. Entendía, al fin, que cuando el imperio de la tierra ata, lo hace seguro y firme.

ASENSIO SAEZ

